

Anansi, la Jícara del Conocimiento y el Tesoro Escondido (cuento)

David Bradford

Una tarde cálida y soleada de septiembre, mientras un grupo de niños jugaba a la pelota en la calle principal del Barrio Beholden, en Bluefields, una señora, ya entrada en edad, y que parecía venir caminando de muy lejos se sentó a tomar un poco de aire, mientras observaba a los niños jugar. Alexa, la mayor del grupo, se le acercó y le preguntó si se encontraba bien, sentándose a la par de ella. La anciana simplemente asintió al tiempo que cogía una bocanada de aire.

Sin embargo, la niña, como queriendo iniciar una conversación, insistió: “Pero parece que viene caminando de muy largo. ¿De dónde viene?”

Miss Rita —que así se llamaba la anciana— le contestó que venía de la zona de Santa Matilde, más allá del Barrio Panca-sán, casi por la Escuela Normal.

—Fíjese —le dijo Alexa— que hoy en la escuela la maestra nos habló de *Anansi Stories* y explicaba que eran historias que la gente de antes contaba, pero que ya casi se han perdido. La maestra nos dijo que ahora sólo en las comunidades la gente cuenta historias de Anansi. ¿Sabe usted qué clase de historias son esas?—preguntó la niña inquisitiva.

Esta pregunta despertó la curiosidad de los otros niños, que ya se acercaban donde conversaban las dos mujeres, con una generación de por medio, a tomar un descanso del juego de pelota; al mismo tiempo que Cito, el hermano menor de Alexa, se unió al interés de su hermana y también preguntó:

—Sí, Miss Rita ¿qué clase de historias son esas?

La anciana respondió:

—Bueno, según me decía mi abuelita Meme, que era originaria de Pearl Lagoon, las historias de Anansi, o *Anansi stories* como le llamamos aquí en Bluefields y en el resto del Caribe, llegaron a nuestro país provenientes de la costa oeste de África, a través de los descendientes de esclavos ingleses en Jamaica.



© RULAN, 12 AÑOS, RAITIPURA, MISKITO

Pudo verse en los ojos de Alexa, Cito y de los otros niños que los acompañaban, un interés peculiar, como preguntando sin decirlo “¿África?” Mientras Miss Rita continuaba y afirmaba, sin ellos haberlo preguntado:

—Sí, África. “Es más, en Ghana —les hizo saber, sintiéndose un poco orgullosa de sus conocimientos básicos de historia y geografía— estos cuentos son conocidos como *Kweku Anansi*, y siguen siendo narrados hoy en día por la gente *Ashanti*.

Fue entonces que Miss Rita pudo notar la atención que los niños ponían a sus palabras; lo que le dio ánimos de continuar, diciéndoles que cuando las historias de Anansi fueron contadas por primera vez en el Caribe, sirvieron para dar aliento y confortar a los esclavos, que repentinamente se encontraban en un medio adverso e inhóspito al que necesitaban descifrar y adaptarse.

La elocuente anciana prosiguió con su lección improvisada en aquella tarde de “canícula” que tenemos en el mes de septiembre aquí en La Costa, en donde las brisas son frescas y calmas, diciéndoles:

—Las historias de Anansi son revividas, recreadas y recontadas hasta el día de hoy en nuestro país, después de cinco si-

glos y miles de kilómetros de distancia de donde iniciaron, como un legado de esa cultura africana que enriquece y caracteriza a la Costa Caribe nicaragüense.

—Y a todo esto cuestionó Cito: —¿quién es ese tal Anansi?

—¡Ahora sí la cosa se puso interesante! —exclamó Miss Rita y continuó diciendo— pues fíjense que Anansi es el nombre de una arañita muy astuta cuya meta en la vida es obtener todo el conocimiento existente en el mundo a través de las experiencias vividas cotidianamente. Para esto nuestra pequeña y laboriosa heroína había conseguido una jícara hueca donde atesorar toda esa sabiduría, siendo cada una de sus historias, una experiencia más que ella guarda en tan singular recipiente.

“¡Qué historia más bonita!”, dijeron los niños al unísono. Y comenzaron a repetir como un coro de loras alborotadas: “Cuéntenos una historia de Anansi, cuéntenos una historia de Anansi”. A lo que la anciana contestó que sí lo haría; tratando de pensar en una historia que pudiera improvisar, basada en algún suceso reciente de la ciudad, que los niños pudieran recordar y que tuviera un mensaje que les pudiera servir en la vida.

Mientras a la velocidad de la luz, Miss Rita trataba de pensar en una historia que pudiera ser interesante para aquellos niños, sin que sospecharan que la estaba inventando en ese momento; la señora también pensaba en nuestra ancestral amigueta del oeste de África, y se preguntaba a qué se debía que las historias de Anansi fueran tan universales; a qué se debía que este diminuto arácnido viviera a través de historias como la que intentaba contarle a los niños en este momento. Y lo único que pudo esgrimir de sus pensamientos como respuesta a esa interrogante que ella misma se planteaba era que, sin lugar a dudas, Anansi llevaba en sus historias el espíritu de nuestros ancestros, que nos recuerdan, día a día, que somos capaces de transformar la realidad a nuestro favor cuando ésta nos es adversa; que somos avezados de crear riqueza con nuestros propios recursos, cuando los administramos de forma adecuada; y que somos capaces de vencer la muerte espiritual y el temor al fracaso, si somos perseverantes.

Miss Rita pensó en esto porque recordaba que cuando Anansi resultaba perdedora en una de sus historias, seguro que saldría vencedora en la próxima, instruyéndonos y enseñándonos, tanto en una historia como en la otra, a ser mejores individuos en esta sociedad cambiante.

“La inteligencia y perseverancia que nos transmite Anansi cuando teje sus historias como telaraña, y que nos da una idea de la libertad de sus pensamientos, es algo digno de imitar” inició diciendo Miss Rita, y prosiguió: “Y eso debería perdu-

rar de generación en generación, aún en contra de toda adversidad, aún en contra de esta corriente como es la de vivir, y sobrevivir, en regiones alejadas, olvidadas y empobrecidas”.

Miss Rita les dijo que la historia de Anansi que les contaría se basaba en hechos recientes ocurridos en la ciudad de Bluefields, combinándolos con creencias del pasado. Les dijo que si alguien algún día llegara a escribir sobre esta historia, desearía que la misma sirviera de inspiración a los jóvenes del presente, así como otras historias de Anansi inspiraron a los jóvenes en el pasado, y seguramente nuevas historias de Anansi vendrán para inspirar a los jóvenes del futuro. Lo importante, les dijo, era mantener viva la llama y el interés por dar lo mejor de nosotros en función del bien común, que es la esencia de las historias de Anansi.

—Mi historia —les dijo— comienza el día en que Anansi decidió que ya había recogido, en su bienaventurada jícara, todo el conocimiento que existía en el mundo; y se prestó a buscar un lugar seguro donde esconderla, lejos de su más cercano amigo y al mismo tiempo rival, Breda Taigá, o Hermano Tigre, como se traduciría al español.

Continuó contándoles que Anansi eligió un sitio para esconder su tesoro en las inmediaciones de donde se encuentra el día de hoy la Escuela Normal de Bluefields, muy lejos de los límites de la ciudad en ese entonces. Un lugar que Anansi consideraba seguro puesto que uno sólo podía llegar ahí vía acuática, por Santa Matilde, o a través de un pantano que difícilmente se podía cruzar en la época seca, no digamos en el tiempo de lluvia. Sin embargo, con el pasar de los años Bluefields fue creciendo, se construyó la Escuela Normal y se construyó una universidad, y luego con la pavimentación de la calle que llega a estos dos centros de estudio, poco a poco nuevos barrios fueron floreciendo en la zona.

—¿Será que el tesoro de Anansi los atrajo? —pregunto Alexa.

—Esto lo veremos —le respondió Miss Rita, y continuó con el relato: —Bueno, en este entonces Breda Taigá, que había regresado a Bluefields luego de varios años de residir en los Estados Unidos, adquirió también un lote de terreno, precisamente contiguo a la Escuela Normal. El Hermano Tigre decidió que en ese sitio haría su sueño, de muchos años, realidad. Ahí construiría un “grandioso hotel turístico”, con los ahorros obtenidos del arduo sudor de su frente en la nación del norte. Esto puso muy nerviosa a Anansi, pues, coincidentemente, ella había escondido su tesoro en el mismo sitio en que su mejor amigo y rival construiría su esplendorosa edificación.

La construcción marchaba viento en popa con la mirada sigilosa de Anansi, no queriendo revelarle a Breda Taigá de la

"Cosine, standing up"

© REIKEL, 11 AÑOS. AUUAS, MISKITO



existencia del tesoro, con la esperanza de que este último no lo descubriera. Sin embargo, como “crónica de una muerte anunciada”, una tarde, mientras Breda Taigá supervisaba la excavación del tanque séptico de su construcción, lo indeseable para Anansi sucedió: los trabajadores toparon con un objeto extraño, ¿será un tesoro? se preguntó Breda Taigá.

“¡La jícara!” —exclamaron los niños emocionados. Asintiendo con la cabeza Miss Rita quien continuó:

—Rápidamente y evitando que el temor y el nerviosismo afloraran en su rostro, Anansi le dijo a Breda Taigá: “Recordá que aquí en Bluefields y sus alrededores muchos tesoros fueron escondidos por los piratas, y según cuentan, cada tesoro tiene un espíritu que lo cuida. También dicen que sólo este espíritu puede revelarle a uno el lugar donde se encuentra el tesoro”. Y luego le preguntó:

—¿A vos se te ha aparecido en sueños algún espíritu revelándote la existencia de este tesoro?” —A lo que Breda Taigá movió la cabeza en señal negativa.

—Entonces —le dijo Anansi— acordate que se hace noche y si éste es un tesoro y su espíritu guardián no te ha revelado que

está ahí y que te autoriza para llevártelo, te podés meter en serios problemas. ¡El tesoro puede tener un maleficio y te podés hasta morir!

Sintiendo un poco de cautela, y hasta temor, por lo que dijo Anansi, Breda Taigá decidió que lo más prudente era que se fueran a dormir y regresaran al día siguiente por la mañana; con la esperanza de que esa noche en sus sueños el espíritu se le aparecería permitiéndole retirar el tesoro.

Con los primeros rayos del sol de la mañana siguiente Breda Taigá se levantó para ir en busca de su tesoro, y cual fue su susto al notar que el tesoro había desaparecido.

—¡Me han robado el tesoro! —gritó un tanto molesto. Y comenzó a causar revuelo en toda la ciudad sobre cómo le habían usurpado su gran tesoro.

—Estoy dispuesto a dar recompensa a quien me brinde información sobre su paradero —decía.

Anansi, que como podemos sospechar, algo sabía sobre la pérdida del tesoro, le dijo a Breda Taigá:

—No te preocupés, yo tengo un amigo que es brujo y vive en Haití. El te puede decir qué fue lo que pasó con el tesoro.

Anansi que es muy astuta le dijo al Hermano Tigre que ella contactaría al brujo y que lo traería hasta Bluefields para descifrar el dilema del tesoro. Y fue así que al cabo de unos días el brujo haitiano llegó a nuestra ciudad. La visita de tan notable personaje causó agitación en Bluefields y todo el pueblo se aglomeró en el sitio del hallazgo, que como les dije al inicio, éste se encontraba en las inmediaciones de la Escuela Normal.

El brujo, quien no era más que nuestra heroína de ocho patas disfrazada, luego de realizar sus complicados y esotéricos rituales solicitó silencio a la muchedumbre para dar su dictamen de viva voz, diciendo:

—Efectivamente, aquí existía un tesoro. Era un tesoro muy peculiar, pues tenía cientos de años.

La gente murmuraba asombrada. Anansi, disfrazada de brujo continuó diciendo: —Sin embargo, este tesoro no consistía en joyas con diamantes y rubíes, como ustedes hubieran pensado. Ni de billetes de dólares de denominaciones de US\$500 y US\$1,000, como se rumoraba.

Esto dejó a la gente inclusive más intrigada.

—Entonces, ¿en qué consistía el tesoro? —le preguntaron a Anansi.

Anansi respondió:

—La fortuna de este tesoro fue amasada por una gran amiga mía —refiriéndose a ella misma —y continuó diciendo—: Ella buscaba su felicidad, no a través de la riqueza material, sino de la adquisición del conocimiento absoluto de todas las cosas.

Esto dejó confundida a la multitud.

Los niños escuchaban la historia sin hacer el menor ruido posible, para no distraer a la anciana con su cuento.

Anansi continuó con su exposición al mismo tiempo que se develaba el disfraz, causando en la población risas, expresiones de asombro e inclusive enojos en algunos de ellos por sentirse engañados, incluyendo en este último grupo a Breda Taigá.

Ya casi por terminar, Miss Rita dijo, cambiando un poco el tono de su voz, para hacer el final de la historia más emocionante:

—Yo soy la dueña del tesoro —dijo con vos firme Anansi—. Lo escondí aquí pensando de forma egoísta, pues creía que el conocimiento debería ser sólo para mí, sin tener por qué compartirlo con nadie. Pero mi Hermano Tigre me ha dado una buena lección al encontrar mi tesoro. Y es que cualquier tesoro, no importa qué tan grandioso sea o qué tan celosamente lo guardemos, tarde o temprano alguien lo va a encontrar. Y todos esos años en que el tesoro se encuentre escondido, aún sabiendo algunos de nosotros que existe y no lo compartimos, es como que el mismo nunca hubiera existido. Así es el conocimiento que yo guardé celosamente en este sitio, lejos de toda persona o ser que intentara encontrarlo, manteniendo a todos sumidos en ignorancia. Pero ven, al final el mismo fue descubierto. ¡Qué desperdicio, cuando pude haberlo compartido antes!, —exclamó Anansi—. Luego continuó:

—Pero como dicen que nunca es tarde para enmendarse. Aquí ante ustedes tomo mi jícara llena de conocimiento y sabiduría que he recogido por cientos de años y la rompo para que su contenido sea esparcido por todo el pueblo y nuestra gente, y la riqueza de este tesoro les sirva a todos por igual.

Miss Rita concluyó diciendo a los niños que así fue como la sabiduría fue repartida entre ricos y pobres, indios y negros, católicos y moravos, aquí en la Costa y más allá, pues Anansi se dio cuenta que sólo repartiendo la sabiduría se es realmente sabio. Y por eso es que en las inmediaciones del sitio del hallazgo existen hoy en día dos centros de enseñanza que están preparando a nuestra gente para un mejor futuro.

Alexa tuvo algo más que preguntar:

—¿Y qué del hotel, Miss Rita? —A lo que la anciana le respondió:

—El día de hoy en el sitio donde Breda Taigá encontró el tesoro de Anansi, y donde Anansi misma decidió repartirlo a todos, se termina de construir el tan añorado hotel de Breda Taigá, como una muestra de que nuestras ideas y sueños se pueden volver realidad con un poco de empeño y mucho esfuerzo y disciplina, tal como hizo Breda Taigá; y que toda realidad se concibe primero en nuestras mentes, y que el conocimiento es el camino, para convertir esos sueños, esas ideas, en realidad.

La anciana declaró sus últimas palabras diciéndole a los niños, al momento que se ponía en pie con ayuda de éstos: “No en balde decía un escritor inglés llamado Francis Bacon, *Knowledge is Power* (el conocimiento es poder)”, para instantes después continuar su camino a casa, dejando a los niños con esa frase haciendo eco en sus mentes... ■